

Ulyses

## Noticiario

### EL HOMBRE DEL FUTURO (1)

Más que la imagen del «Hombre del Futuro», la lectura de esta obra nos proporciona la fisonomía moral de su autor, el doctor Alejandro Reyes. Ella lo perfila como un hombre positivamente bueno, sin la ingenuidad del ignorante que se deslumbra, a cada paso, con lo que invade su conocimiento. El doctor Reyes, discutible cuando plantea la falta de apreciación que el hombre tiene de sí mismo y el divorcio que existe entre su forma interior y la técnica, se agiganta al desarrollar un tema científico, con una amenidad y entusiasmo que hace recordar a los buenos alumnos apasionados por el estudio y también por el arte de la escritura.

Tal vez por ello, el doctor Reyes, situado un poco al margen de la lucha entre literatos, de su sabrosa malevolencia, falsía e intriga, reconoce y condena estos hábitos y los atribuye a la crueldad erudita de los hombres y a la influencia perniciosa de Nietzsche en sus estratos intelectuales. Raciocinio también dudable, que podría discutirse si no se tratara del doctor Reyes, un místico de la cultura, orientada hacia el bien, que recuerda

(1) Zig-Zag (1947).

a esos europeos devotos de la cultura occidental, que rezaban a Stuart Mill y a Emerson, mientras Hitler y Mussolini exaltaban el barbarismo de la juventud, despectiva de la trivialidad de sus propios padres.

Sin embargo, y a pesar de todas estas virtudes, el doctor Reyes fué desterrado en el año 1932, por el delito, según él lo explica, de poner en duda el socialismo auténtico de un Gobierno de facto, y en el relato que se deriva de su aventura, escrito en forma descuidada, sin interés por exagerar el dramatismo de las situaciones, comprobamos, mejor que en ninguna otra parte, la presencia humana de este hombre, algo arcaico, profesor y buen estudiante, que ha pretendido esbozar la imagen del hombre del futuro.

En la mañana llega un detective gordo, con facha de mulato y gestos de mapuche a buscarlo: le dice en secreto la causa de su visita, para que no ofrezca resistencia, ni se asuste su familia; lo saca en seguida a la calle y allí comienza el rosario de circunstancias adversas que el doctor Reyes narra con serenidad y modestia, sin presentarse jamás como víctima, más bien subrayando, sin proponérselo en forma especial, la clásica amistad que hace gravitar los sucesos particulares y generales en Chile.

Esta sería la parte anecdótica, ajena a la misma especulación intelectual de sus ensayos, que sitúa al doctor Reyes como un narrador ameno. Su fuerte, la divulgación científica, compendia todas sus virtudes. Quien lea su «Evolución de la Farmacología», tendrá una idea total acerca de la historia de los medicamentos, desde los tiempos primitivos hasta nuestra era super-civilizada, pasando por el enema de los egipcios, imitado de las irrigaciones del ave Ibis; los vapores mercuriales de los chinos; la cirugía con anestesia de los hindúes, la ciencia de Hipócrates, la cábala de la Edad Media, la alquimia de los árabes, que originó la química moderna, etc. El conjunto de la obra del doctor Reyes hace pensar en que se puede triunfar siendo

buen alumno y buen profesor y que así se obtiene una obra de mérito quizás si menos vehemente y torturada que otras, pero amable, serena y cálida.

#### EXISTENCIALISMO Y NATURALISMO.

Relacionar el existencialismo literario de Sartre con el naturalismo de Zola y con el rebrote lírico de este naturalismo, surgido en la novela más moderna chilena, es, indudablemente un error. El naturalismo de Zola gravita sobre un apoyo moral y hay cierto goce en exhibir los aspectos menos espirituales del hombre para salvar su espiritualidad. La bella Naná, por ejemplo, muere de una enfermedad terrible y una mosca dorada recorre las facciones de su rostro, como un símbolo de su propia vida nacida en el basural y vuelta al basural, después de volar bajo la luz engañosa del placer. No debe olvidarse que Zola es el más grande sociólogo de la literatura francesa, menos lírico y también menos aferrado al dinero, como factor determinante, que Balzac. Lo mismo ocurre con el naturalismo de nuestra novelística moderna, donde se ha querido modelar la estatua, exclusivamente, con la miseria y el aplastamiento del pueblo. Sin olvidar jamás ese ángulo, tal como Jorge Icaza, estiliza en «Huasipungo» solamente la adversidad inmundada de los indios del Ecuador. Restaría investigar hasta qué punto los personajes de nuestro naturalismo moderno se encuentran retratados con justicia en la obra de arte, sentimentalmente intencionada. Cuando nos referimos a Daniel Belmar, el talentoso autor de «Roble Huacho», planteábamos ese mismo problema, ¿Hasta dónde se ha procedido con rigor psicológico para darnos una versión intencionada de la vida? ¿Sea con fines éticos o políticos? En medio de este naturalismo afloran las palabras sucias, las descripciones nauseabundas, no llevadas, por lo general, a la página de un libro, pero ese no es el